

Domingo, pero el mundo, que tenia necesidad de sus virtudes, se le reclamó al claustro, y pronto la corte se le disputó el mundo. Enrique II le obligó á ser su confesor....

« Hennuyer llegó á ser obispo. Doce años hacia que gobernaba la diócesis de Lisieux, como los apóstoles, cuando fué el comandante de la ciudad á comunicarle órdenes del rey para degollar á todos los protestantes. » — No, exclamó el prelado, en nombre de la religion y de la humanidad no ejecutareis vuestras órdenes ó empezareis por mí, porque jamás consentiré en ello. Yo soy el pastor de la Iglesia y los que quereis degollar son mis ovejas : verdad es que están estraviadas, pero no desespero de hacerlas volver algun día al aprisco de Jesucristo. No he visto en el Evangelio que el pastor deba tolerar que se derrame la sangre de sus ovejas, antes bien leo en él que está obligado á derramar la suya propia y á perder la vida por ellas. Volveos con vuestra orden que jamás se ejecutará mientras me conserve Dios la vida que no me ha dado sino para que la emplee en el bien espiritual de mi rebaño. Decid á los ministros del rey que la humanidad tiene derechos inviolables.... »

« Admirado y edificado el comandante en vista de aquella heróica firmeza, le pidió para su descargo que estendiese por escrito las causas de su resistencia al cumplimiento de aquella orden. El prelado escribió que estaba seguro de la bondad del príncipe y de que por fuerza le habian sorpren-

dido para arrancarle aquella cruel disposicion....

« Enrique, conmovido por aquel noble proceder, revocó para su diócesis órdenes que en todas partes se ejecutaban. La valerosa piedad del *decano de la Universidad*, mas eficaz que los sermones y los soldados, mudó el corazon de muchos calvinistas que abjuraron entre sus manos. Su ejemplo hallo imitadores aun en tiempos mas revueltos. »

Los obispos y el clero, á quienes se ha acusado en estos últimos é ingratos tiempos, de favorecer la servidumbre, fueron personalmente sus constantes adversarios.

A ellos debe la Europa *la emancipacion de los siervos*. « En las Galias, en particular, se hablaba de la caridad de San Exupero, obispo de Tolosa, que vendió hasta los vasos sagrados para satisfacer al rescate de los esclavos. Habiase visto en fin, y aun los mismos paganos debieron prorumpir al verlo en un grito de admiracion, habiase visto á discipulos del Evangelio, despues de haberse despojado de todo para formar el rescate de sus hermanos, llevar á un santo esceso el heroismo de la caridad, venderse á si mismos y darse en pago de la libertad de los otros. San Paulino de Nole, cargándose así voluntariamente con las cadenas de la esclavitud, inspiraba acaso el ferviente amor á los desgraciados atribuido algunos siglos despues á San Vicente de Paul. Se ve que el mismo principio que, en la edad media, creó la hermosa institucion de los *Hermanos de la Merced*, habia ya inspirado, desde

los primeros tiempos del cristianismo, actos de la misma naturaleza¹.

A algunos obispos del Mediodía se debe la mas interesante institucion militar de la edad media: «La tregua de Dios, dicen los sabios Ryan y Boulard, cuyo restablecimiento seria una felicidad para el género humano, fué predicada *por primera vez*, en el año 1033, por los obispos de Arles y de Leon, y por la misma época se introdujo en Italia, segun dice Sismonde Sismondi en el tomo primero, pág. 130 de la *Historia de las repúblicas italianas de la edad media*. Véase tambien el *Glosario* de Ducange, en la palabra *Tregua*. La grande enciclopedia en folio dice, en el artículo *Tregua de Dios*, que el primer reglamento hecho sobre este particular data de un sínodo celebrado en 1027, en la diócesis de Elna, situada en el Rosellon. »

En estos términos se halla una aplicacion de la *Tregua de Dios* en la *Historia de Duguesclin*: — «Ya se habia dicho la oracion y ya los capitanes de los dos ejércitos habian escitado á los suyos á la pelea, cuando los obispos que, en ambos bandos, veian con dolor á sus compatriotas á punto de destruirse, salieron al trecho que separaba los dos campamentos, é hicieron suspender la arremetida. »

Tales son la dignidad, el valor y los beneficios del episcopado en la guerra: he aquí sus desvelos, su celo y sus triunfos pacíficos: — Fulberto, uno de

¹ *Anales de filosof. crist.*

los mas grandes hombres del siglo XI, muerto en Chartres, en 1029, discipulo de Gerbert, luego papa bajo el nombre de Silvestre II, canciller de Francia, obispo de Chartres, fundador de la magnífica catedral de esta ciudad, « Fulberto, dice un historiador de nuestros dias, revolvió cielo y tierra por reparar el desastre de su Iglesia: la devocion, la caridad, la emulacion, todo se reunió en auxilio de su celo. Fué á Hamar á la puerta de las grandes señoras, de los grandes magnates, de los plebeyos, de los villanos y en todas partes recogió abundantes limosnas: todos contribuyeron cada cual por su parte, y se vió á los reyes de Francia, de Inglaterra, de Dinamarca; á Ricardo, duque de Normandia; á Guillermo, duque de Aquitania, en la lista de los donadores. Fué tan prodigioso el impulso dado, fué tan universal el entusiasmo que grandes personajes y damas de la mas alta distincion no se desdenaron de tirar de las carretas y de acarrear piedras para la obra: todavía se ven en las vidrieras iluminadas las imágenes, los emblemas y los atributos de los que concurrieron á la reedificacion. » Pero, dirán algunos, los obispos abrumaban á los pueblos, empobrecian á las familias, favorecian la injusticia en su celo arquitectónico: he aquí la prueba de que esto seria una calumnia: « Mauricio de Sully estaba haciendo reedificar la catedral de Paris, cuando formó el proyecto un usurero de emplear una parte de su mal adquirido caudal en la construccion de la metrópoli. » Remordiéndole sin embargo su conciencia, fué á

consultar á un santo hombre llamado Pedro el Chantre, quien lejos de aprobar que el usurero volviese á Dios lo que habia quitado á los hombres, le instó mucho á que restituyese á sus deudores su ilícito lucro. Obedeció el usurero y volvió en seguida á decir al doctor que, efectuadas sus restituciones, todavía le quedaba una suma muy crecida; entonces Pedro le respondió: « Ahora, hermano, podeis con toda seguridad ofrecer vuestras limosnas á la Iglesia. » (*Historia de Paris*, por Felibien).

Uno de los menores servicios que han hecho á la Francia los obispos, ha sido el de facilitar sus conquistas, sin costarle siquiera dinero: « El pueblo, por su parte, deseaba mucho que su delfin' se pudiese de acuerdo con el conde de Saboya, y cediéndole sus estados hiciese cesar la causa de una guerra que los atormentaba hacia mucho tiempo, y les daba ocasion de temer un funesto porvenir, si no caian en las manos de un principe poderoso; pero la nobleza, mas acreditada é influyente en la corte del delfin, prevaleció sobre el pueblo, y viendo á este principe resuelto á abandonar el mundo, le decidió á elejirse un sucesor en la casa real de Francia, pues mas ventajas podia ella esperar por este lado, teniendo el rey de Francia á su disposicion mayor número de empleos y altos cargos. Enrique de

* Título del heredero de la corona en Francia, antes de la revolución de julio en 1850. En el dia se le ha sustituido el de *principe real*. — N. del T.

Villars, arzobispo de Leon, en quien el delfin tenia mucha confianza, y Juan de Chisi, obispo de Grenoble, contribuyeron eficazmente á determinar á aquel principe á favor de la Francia. » (*Historia de los Delfines de Francia*).

Aun las mismas ciencias, en su conjunto y en sus divisiones, son el patrimonio de los obispos, las mas de las veces antes de su episcopado, al cual las sacrificaron casi siempre. La primera de las ciencias, la del gobierno, aun político, les fué familiar en todas épocas, como lo prueba el hecho de haber salido de su orden los Papas mas grandes, los mas hábiles diplomáticos, y los mas sabios ministros, y tambien el que si no han fundado ellos mismos las mas grandes órdenes religiosas, casi siempre las han suscitado. Hugo de Grenoble y Antelmo de Belley son los fundadores de la gran cartuja, tanto como San Bruno. — Todos los grandes ministros de Estado fueron primeramente obispos; en Francia, San Arnoul, Mateo de Vandoma, en tiempo de San Luis: — Guerin, obispo de Senlis, en tiempo de Felipe Augusto; — Poncher, reinando Luis XII; — el cardenal de Lorena, du Vair, Richelieu, Fleury; — en Inglaterra, los Santos Tomás de Cantorbery y de Chanteloup, Morton (de quien Moro se gloriaba de ser discípulo) Wicham (legislador de las Universidades), Arondel, etc.; — en Alemania y en el Norte, Bruno *el Grande*, Absalon (legislador de Dinamarca) Vilesel, Olaho, etc....; — en España, Mendoza, Jimenez,

Granvela, etc.; — en América y en las Indias, la mayor parte de los Gobernadores y Virreyes.

La Teología que puede decirse que fué fundada por los primeros obispos, todos Padres y Doctores de la Iglesia, no ha cesado de hallar maestros y grandes maestros en sus sucesores. Y, para no remontarnos á tiempos demasiado antiguos ni hacer inútiles enumeraciones, las *Obras de Francisco de Sales* y de *Richelieu*, de *Bossuet* y de *Fenelon*, de *Flechier* y de *Huet*, de *Choin* y de *Liguori* y aun las del mismo *Pompignan* no son menos ilustres que su administración. — Aun en nuestros días, los obispos son los que han conservado la supremacía de las ciencias eclesiásticas: MM. de *Pressy* y *Asseline*, obispos de *Bolonia*, al primero de los cuales llama *M. Emery* « el mas habil teólogo de su orden; » — *Duvoisin* y la *Luzerne*, en Francia; — de la *Palme*, en *Saboya*; — *Vittmann*, el *Vicente de Paul* de la *Baviera*; — *Sailer*, en *Ratisbona*, etc.; — *Weld*, *Challonner*, *Milner*, *Pointer*, *Gillis*, en *Inglaterra*, etc.

Los obispos, aun los de los últimos siglos, han llevado á su apogeo la elocuencia del púlpito: testigos *Bossuet* y *Flechier*, *Mascaron* y *Massillon*; *M. de Beauvais*, el último obispo de *Senez*, que hizo temblar al liviano *Luis XV*, cuya muerte vaticinó en el púlpito....; y en fin, *M. de Boulogne*, cuyos sermones rivalizan con los de *Massillon*. — Existe hoy día á las puertas de Francia, un orador

acaso mas grande todavía, que es el obispo de *Anncy*, etc. — *M. Rey*.

Los obispos menos célebres se han mostrado con frecuencia superiores á todo, á todos y aun á sí mismos en este género.

Un dia en que *Phelippeaux*, arzobispo de *Bourges*, estaba predicando á los católicos en una ciudad de su diócesis, vió en medio de ellos una multitud de protestantes, y dirigiendo hábilmente su discurso á sus inesperados oyentes, apodérase al punto de sus ánimos y luego de sus corazones. « Las cenizas de vuestros padres, exclamó en fin, reposan en este templo en que estais reunidos; ellas acusan vuestro error y se alzan contra vuestro cisma. Todas esas sepulturas hablan.... ois sus voces... os gritan, etc., etc. » ; Y los calvinistas se prosternan aterrados!

La *Moral* y el *Derecho* que son las ciencias á que mas estrechamente están enlazadas la paz y la felicidad de los pueblos, despues de la teología y de la elocuencia del púlpito, han debido grandísimos adelantos al Episcopado. *San Carlos Borromeo* y *San Francisco de Sales* son moralistas; *Guillermo Durand*, *Antonio Agustin*, los *Compege*, *Juan Faber* (obispo de *Viena* y confesor del emperador) los *Covarrubias*, *José Stéfano*, *Marca*, son canonistas, publicistas, juriconsultos á quienes no ha igualado ningun lego.

La erudicion, la historia y la literatura mismas han tenido, en diferentes tiempos, en los obispos,

hombres superiores; — Eusebio, Gregorio de Tours, Du Tillet, Osorio (*el Ciceron portugues*), Sponde, Plantavit de la Pause, los hermanos de Vallenburg, Lafitau, Huet, d'Argentré (obispo de Tulles), el cardenal Lucchi; y en nuestros días, el principe de d'Alberg, y Monseñor de Bovet, antiguo arzobispo de Tolosa.

La poesía misma, la alta poesía, y aun la ingeniosa y la amena han hallado ocasion de admirables dechados en los solaces de un prelado. La *Cristiada* del obispo de Cremona, que el mismo Pope llamaba *immortal* es, para quien la entiende bien, superior, no solo en pensamiento, mas tambien en concepcion y en estilo á la *Mesiada* de Klopstock, como su *Arte poética* es superior tambien á la de Boileau¹.

Aun las mismas ciencias exactas² fueron no solo

¹ Tambien hubiera podido citar el autor la *Cristiada* del P. Højeda, y el *Bernardo* de nuestro Balbuena, obispo de Puerto-Rico, tratándose de poesía *ingeniosa y amena*. — N. del T.

² Esta especie de ciencia, la mas esteril y la mas indiferente de todas, á lo menos en cuanto no entra en el uso comun, ha llegado á ser, con la poesía, la novela y la política periodística, el patrimonio casi esclusivo de los legos mas ó menos ambiciosos, y de los abates ó de los sacerdotes mas equívocos.

La mayor parte de los apóstatas del siglo XVIII, que nos abstenemos de nombrar por consideracion á su arrepentimiento mas ó menos tardío, tenian la mania de ser *literatos* ó *naturalistas*.

Los obispos anglicanos, suecos, etc., que no aspiran á ser otra cosa mejor, son tan endebles, tan estériles, tan desconocidos cuanto son fuertes, poderosos y célebres los obispos católicos. Los mas notables son mas bien filósofos y sabios que teólogos; mas bien eco-

protejidas mas tambien poseidas por los obispos. El cardenal d'Ailly, obispo de Puy y de Cambrai, publicó una magnífica *Concordancia de la Teología y de la Astronomía*; el ilustre Regiomontano (Juan de Muller), cuya prematura muerte fué una *pérdida irreparable*, dice Delambre, abrió el camino á Copérnico, cerca de un siglo antes que este floreciera, y era obispo de Ratisbona. — Copérnico era sobrino y discípulo del obispo de Frauenburgo. —

nomistas que publicistas; mas bien poetas y aun naturalistas que otra cosa: testigos Atterbury, poeta; Wilkins, geómetra; Ray, físico; Berkeley, Watson, químicos; y en nuestros días, Mateo Young, arquitecto, etc. — En los tiempos anteriores á la reforma, los obispos son en Inglaterra como en Francia, todos los grandes hombres, todos los fundadores, todos los legisladores del reino. « Si esceptuamos, dice Berington, los establecimientos de Cambridge, algunos de los cuales se debieron á la beneficencia de las personas revestidas de la dignidad real, que acabamos de nombrar, los de Oxford no fueron fundados, como hemos visto, mas que por eclesiásticos, hecho que habla altamente en favor del celibato de los miembros de esta orden, celibato que, en aquella época, prevalecia universalmente. Los principes y las otras personas ricas hubieran podido hacer lo que hicieron Wikeham, Chicheley y Waynflete; pero ¿es de creer que hubieran efectuado semejantes actos de generosidad cuando tantos otros gravámenes podian pesar sobre sus propiedades? Si aquellos prelados hubieran estado cargados de familia, ¿es verosímil que hubieran empleado sus riquezas en aquellos desinteresados actos de beneficencia y de patriotismo? Los sentimientos de justicia ordinaria y la voz de la naturaleza hubieran sido una barrera poderosa que los hubiera contenido. Pero los eclesiásticos de aquella época, los únicos que entonces sabian algo, estaban llamados, como hombres de estado y como ministros, á ocupar los primeros puestos del gobierno, al paso que les estaba abierta la entrada á las dignidades de la Iglesia. »

Mas adelante veremos que Francisco de la Pallu, obispo de Heliópolis y admirable misionero, fué el primero que, en un fragil barco, dió la vuelta al mundo.

En todas partes y de todos modos presidieron los obispos á la restauracion de todos los estudios. Antes de la invencion de la imprenta, los fomentaron multiplicando los manuscritos y las bibliotecas: Bouchard, obispo de Worms en el siglo XI, pasa por el formador de la primera biblioteca. — El arzobispo de Maguncia, preveyendo la omnipotencia y los beneficios de la imprenta en sí misma, y de su uso aun contra sus abusos, dió inmediatamente *ejecutoria de nobleza* á su inventor, á quien habia llamado á su palacio: « Nos, Adolfo II, elector y arzobispo de Maguncia, etc., habiendo reconocido y tomado en consideracion los servicios agradables y voluntarios que nos ha hecho como igualmente á nuestro cabildo (ó arzobispado) nuestro caro y *fiel* Juan Gutenberg, por esto y por merced especial, le hemos nombrado y recibido nuestro servidor y criado en la corte, cargo que ocupará de por vida; y á fin de que pueda disfrutar tanto mas útilmente del dicho cargo, queremos que sea ataviado y vestido como nuestros nobles todos los años y á nuestras espensas, cuando hagamos vestir á todos los individuos de nuestra corte. Igualmente es nuestra voluntad que todos los años pueda introducir en nuestra ciudad de Maguncia, libre y gratuitamente, sin derecho de aduana ni pago de portazgo, veinte

matters (moyos⁴) de trigo y dos pipas de vino para el consumo de su casa, bajo la condicion precisa de que no podrá venderlas ni darlas, como tampoco aquellos. Queda igualmente exento y de por vida del servicio de milicias, de toda contribucion y otras cargas públicas, á cuyos privilegios y beneficios creemos que nos quedará agradecido *nuestro fiel* Juan Gutenberg. Dado en Etwil, el jueves dia de San Antonio del año 1465. »

Hasta los servicios secundarios provinciales y municipales eran obra de los obispos aun en el siglo XVIII. En estos términos lo reconoce el calvinista Necker en su *Informe (Compte-rendu)*: « Así se han debido los rápidos progresos de la administracion provincial de la alta Guyena á los particulares desvelos de M. de Cicé, obispo de Rodez á la sazón, hoy arzobispo de Burdeos; pero es raro reunir á un tan vivo amor al bien, tan grande actividad para hacerle, y tantas miras juiciosas á aquel tino práctico sin el cual no se logra más que aumentar la lista de aquellas vanas teorías que jamas han puesto en movimiento una sola de las mas pequeñas ruedas de la administracion. »

En vista de todas las virtudes y de todos los beneficios del alto clero, dijo el mismo Voltaire: « Casi todos los obispos de Francia han sido respe-

⁴ Cada moyo contiene treinta tres fanegas. Es medida imaginaria para cereales y solo usada para líquidos: en este caso consta de ciento treinta y tres azumbres. — N. del T.

tables por su conducta, y sus limosnas han debido grangearles el amor de sus pueblos. En general, el cuerpo de los obispos y de los curas ha hecho tanto bien en Inglaterra y en Francia cuanto mal causaron antiguamente las contiendas religiosas.» (*Miscelanea histórica*, tomo III, pág. 139, edicion de Ginebra.) — El inglés Hume, á quien nuestros filósofos han apellidado *el Justo*, y que no por eso deja de ser uno de los mas fanáticos enemigos de la Iglesia romana, nos dice, por su parte, « que no hay clero mas acreditado por su vida y *costumbres ejemplares* que el clero secular de Francia y en particular los rectores ó curas de Paris.» (*Ensayos sobre el entendimiento humano*, art. *Milagros*.)

Cuando llegó la revolucion de 1789 que tan bien y con tanta anticipacion habian vaticinado los obispos en sus pastorales, en los púlpitos y en los consejos del rey, fueron los primeros, por mas que se haya dicho lo contrario, en sacrificarle, en cuanto dependia de ellos, bienes de que no tenian mas que el usufruto; y los primeros tambien en vaticinar la vanidad y los desastres de su desposesion: « El clero, exclamaba M. de Boisgelin, arzobispo de Aix, debe dar todo lo que puede dar; determinelo la Asamblea y él se someterá á ello por el bien del Estado (decia el prelado en su candor, como si sus adversarios hubieran pensado en el bien del Estado.) Si nuestros bienes se sacasen á pública subasta, como confiscaciones nacionales, ¿no menoscabarian estas ventas su valor? En el momento, seis mil

tierras piden compradores, y la ruina de los particulares seria el resultado de la del clero. ¿Sostendrá la confianza pública á esos nuevos propietarios? Los acreedores del Estado no comprarán, ó bien harán especulaciones que no producirán mas que una circulacion de papel. Así se disiparán por grados esas inmensas evaluaciones.

« *Los impuestos aumentarán, subsistirán constantemente, y la religion será para el pueblo un gravamen de que hubieran querido aliviarle los buenos ciudadanos.* »

Cuando el episcopado francés cesó de poder dar á la Francia el episcopado estrangero le dió á su vez. El cardenal Weld, personage opulento, fué quien, de acuerdo con lord Arundel, albergó á los Trapenses en su palacio, les construyó un monasterio en Luneworth, con aprobacion y con la proteccion del obispo anglicano de Bath, y fué uno de los mas generosos patronos de los emigrados franceses.

El obispo de Orense y el arzobispo de Toledo hicieron, por su parte, prodigios de caridad que acaban de ser recordados para escitar la gratitud de la Francia política, y que nosotros recordaremos mas adelante para escitar la admiracion de la Europa religiosa hácia el sacerdote católico.

Cuando al sacrificio de los bienes, fué preciso añadir el de la vida, los obispos fueron, desde luego y en todas partes, los primeros. He aquí un sencillísimo extracto de su *profesion de fe* y de su